

OLIVO, CASTILLO Y MAR

La ciudad no ha surgido solamente a la orilla de la mar. Ha brotado, piedra a piedra, de la fecunda entraña azul. Y no como en los cuentos, sino a pulso y pecho de los hombres. Vigo es una ciudad sin leyenda, y casi sin historia, pero tiene su escudo. Y aunque nació de la mar y de la mar vive, el blasón de la ciudad carecía de todo atributo marítimo.

Han tardado bastante tiempo los padres de la urbe, en darse cuenta de tan inexplicable omisión. Han tardado, pero al fin... Los ediles han adoptado un acuerdo y el escudo parece que va a ser ampliado y nutrido con el aliento del océano.

No sabemos que tal le sentará este soplo «mareiro» al olivo y al castillo. El olivo es, entre nosotros, un árbol reminiscente. Para los demás es símbolo de la paz en abstracto. Para los gallegos, nuestra desmelenada «oliveira» es sólo símbolo de la paz, en concreto: la paz de los sepulcros, única paz en que aun creemos los de esta tierra.

En cuanto al castillo, tampoco es un símbolo actual, ni muy representativo en este caso. Lo cual no quiere decir que Vigo no tenga su castillo, y que en los albores de la ciudad no hiciera su papel la oscura mole castrense.

Si la heráldica se hace de cosas pasadas, de símbolos muertos, el castillo y el olivo adquirirán perennidad en el escudo del primer puerto pesquero español. Así parece revelarlo el acuerdo concejil, conservador y renovador a la vez.

No es difícil aliar en frío, elementos tan dispares: el olivo, el castillo y la mar. Los regidores no pasan de la zona deliberante, dejando la ejecución a los artistas. Sin duda es aquí, en la composición emblemática del tríptico, donde está el problema.

Un problema que no existiría... dándole a la mar lo que es de la mar. El olivo y el castillo han cumplido ampliamente su misión. La mar, para nosotros, la sigue cumpliendo todos los días. Aquellos atributos están en el caso de que les agradezcamos los servicios prestados. A la mar nunca le agradeceremos bastante los que nos presta.

Y conste que esta opinión no responde a un concepto estrechamente positivista. Los concejales piden a los artistas un escudo. Tienen la idea de que el escudo de una ciudad debe ser una obra de arte. No sólo una obra de la tradición o de la erudición. Y el arte es, ante todo, coherencia, representación de elementos vivos, obtenida a través de un temperamento. Por lo tanto, un escudo no puede almacenar todo aquello que el celo edilicio sugiera... Dejemos que el arte lo hagan... los artistas.

MAREIRO